

Charlas con María

Prólogo

Seré muy breve. Mantuve correspondencia con un amigo mexicano, entusiasta de aviación, a quien mandaba las anécdotas más llamativas de mi dilatada vida aeronáutica. En una ocasión me comentó la posibilidad de que las escribiese en forma de cuento, pero no lo tuve en consideración. Pasados dos años, nació María de manera inesperada, pues sus padres llevaban casados catorce años sin haber tenido descendencia. Fue la alegría de la familia y mía especialmente. Recordé la propuesta de mi amigo mexicano y me puse a escribir una serie de artículos en los que es ficticio todo menos la parte aeronáutica de cada uno y que se corresponde con experiencias, absolutamente reales, vividas personalmente. Las titulé "Charlas con María" y en ellas puse mi corazón. Cuando las leas, María, recuerda que el abuelo te quería mucho y que siempre fue, si no fuerte, si poderoso y, sobre todo valeroso.

"Volar con pájaros"

María, si dejas de moverte, que mi vista ya cansada no puede seguir tu movimiento, te contaré la historia de cuando el abuelo era como tú y llegó a volar entre los pájaros.

No, no es un cuento, es la vida de otros tiempos en que las cosas eran reales y mi mundo feliz. Si, claro, si te estás quietecita y me escuchas, al final habrá dulces ¿Vale? Cuando yo tenía tu edad, cuatro años, porque ¿vas a cumplir cuatro años, no? Está muy bien eso de levantar la manita y enseñar tres deditos. ¿Quién te lo ha enseñado? Bien, bien ¡Qué cosas enseñan hoy en el cole!.

Si seguimos así, no voy a terminar nunca. ¿Qué es culpa mía? ¡Tienes razón! Pero no digas a nadie que eres más lista que el abuelo, los mayores tienen prohibido decir la verdad en algunos casos.

Cuando yo tenía tu edad, tres años, vivía en el norte de África, mis papás me querían mucho y estaba rodeado de juguetes. Sí, todos los juguetes que quería me los compraban.

Pero tenía una salud muy delicada y me invadió el sarampión. El sarampión era una enfermedad que tenían los niños y se les ponía el cuerpo de color rojo. No me importa, puedes preguntar lo que quieras y así ésta será una narración "interactiva". Para curar el sarampión había que hacer dos cosas: encerrar al niño y su cama en una habitación en la que se habían cubierto las paredes con papel de color rojo, muy poco iluminada por una bombilla de color rojo, y rezar mucho. Mi papá se encargó de lo primero y mi mamá de lo segundo. Yo, mientras tanto seguía con el sarampión y con mucho miedo.

Si, me curé del sarampión; pero tuve tos ferina. Era una enfermedad en que los niños y las niñas empezaban a toser sin parar y podían llegar a morir. No te preocupes, tú no puedes tenerla porque estás vacunada. Y no llores, por favor que yo también me pondré a llorar y cuando vengan papá y mamá, van a decir que estamos haciendo el tonto.

Cuando yo tenía el doble de años que tú, mi papá pensó que aquel clima me sentaba mal y que estaba demasiado protegido y dejó su trabajo y nos trajo a mamá ya mí a un pueblo de Castilla.

¿Cuál era el trabajo de mi papá? Mi papá era militar y pidió la jubilación anticipada y ya podíamos hacer lo que quisiéramos. ¡Hombre, todo no! Porque, por ejemplo a las niñas demasiado preguntonas no las podíamos dejar sin dulces. El Pueblo es muy distinto de la ciudad. La ciudad, como es la que tu vives, no hay más que casas y calles y coches. En el Pueblo había pocas casas, pocas calles, y estaba rodeado de campo con muchos animales y ningún coche. Pues es muy sencillo, íbamos de un sitio a otro andando, montados en un caballo o subidos a un carro del que tiraban dos caballos. ¿Un carro? Pues, un carro es como una caja de zapatos con ruedas de cartón y dos palos en un extremo al que se ataban los animales que lo tenían que arrastrar. No, cabían menos personas que en un autobús, sólo cabían los dedos de tus dos manos.

Lo primero que aprendes en un Pueblo es a ser libre. Pero no es fácil, al principio lloraba porque en el Pueblo no había juguetes. No, ninguno, de verdad. Sí, claro, al principio yo estaba triste. Ya te he dicho que llegué a llorar ¡la escondida!. ¡Cuidado que preguntas!. Esto es una narración interactiva, pero tú estás pulsando teclas todo el rato. En aquella época las niñas podían llorar, pero los niños lo tenían prohibido. Pues porque en aquella época a los niños se les enseñaba de forma que llegaran a ser machistas. Estoy de acuerdo contigo: es un asco.

Me fui acostumbrando a levantarme, desayunar, ir al

colegio sin libros. Sí, los libros estaban en el colegio, sólo había dos: una enciclopedia y un librito para aprender a leer.

A las dos horas había un descanso y luego, si hacía buen tiempo, nos íbamos a la orilla del río, donde cada uno había plantado un álamo - un álamo es un árbol- y había que cuidarlo para que creciera y se hiciera grande. ¿Cómo tú? Sí, como a ti. Si hacía mal tiempo volvíamos al colegio y el Maestro nos contaba cosas de la enciclopedia. Nos íbamos a comer a casa y luego toda la tarde libre para jugar. Claro, jugábamos sin juguetes. Jugábamos al escondite o a perseguimos o a buscar nidos de pájaros con sus pequeños huevos con pintas de colores. No, la mayoría de los huevos de los pájaros no son blancos como los de las gallinas, quiero decir, del supermercado. Tienen manchas de colores según cada clase de pájaro. Los conocíamos todos. Lo mismo que conocíamos a todos los animales del campo: las perdices, codornices, conejos, liebres... Y a todos los árboles: álamos, pinos, encinas... Y sabíamos las costumbres de los primeros y la vida de los segundos.

Y, sin darme cuenta, aprendí a ser libre y ya nunca jamás he dejado de serlo. Tú debes ser una niña obediente, pero procura ser libre por dentro. No te preocupes ya lo entenderás.

Cuando tenía cuatro veces más años que tú -doce- tumbado boca arriba en una zona verde al lado del río, vi un pájaro desconocido que hacía cosas raras en el aire. Más tarde conseguí averiguar que era un avión. ¿Qué sería un avión? Debía ser estupendo andar por el cielo tan tranquilo.

Cuando tuve seis veces tu edad -dieciocho- salí de mi casa para hacer prácticas de vuelo sin motor. Al principio, en aquellos años, los vuelos duraban entre uno y dos minutos; pero a los tres meses...

Fui a los montes más conocidos de España: Los Pirineos. En un monte próximo a Huesca, aprovechando la corriente ascendente que se produce al chocar el viento contra la ladera de la montaña, empecé a practicar el vuelo "a vela" o vuelo "de ladera".

No teníamos ninguna clase de instrumentos, ni siquiera "hombre del tiempo". NADA. Por lo tanto no sabíamos cuando soplaría el viento en la dirección adecuada para poder volar. ¿No lo entiendes, verdad? Es fácil: no sabemos si esa tarde iba a hacer viento o no.

Y ¿sabes quién lo sabía?. Los buitres. Cuando ellos llegaban, al poco rato empezaba a soplar el viento y nosotros lanzábamos nuestros pequeños planeadores y volábamos juntos. Como no hacíamos ruido y volábamos como ellos, haciendo "ochos" horizontales encima de la ladera, para no perder la corriente ascendente del viento, pensaban que éramos otro pájaro más grande. A veces se acercaban a mi avión para observar si había algún síntoma de ataque; pero como el abuelo era bueno y no movía las alas, seguían tan tranquilos mis amigos los buitres. Tenías que tener cuidado y no mirarles a los ojos, porque los buitres leían en tus ojos que eras un hombre. ¿Qué si saben leer los pájaros? Claro, todos los animales saben leer, si dejas que te vean los ojos pueden leer tus pensamientos. No, María, no. Los buitres no son malos. Ningún animal es malo, todos hacen muy bien lo que su naturaleza les ordena. Malos, son los hombres que, con su capacidad para pensar, hacen cosas malas contra las leyes de la naturaleza humana.

Claro, claro, también es mala Cruella de Ville, pero eso es para otra narración. Toma un dulce, te lo has ganado, un segundo de tu tiempo que me dediques, vale por una piñata.

G. de Alvaro

DESDE LA DISTANCIA

Un padre poco corriente

Corría el principio de los años sesenta cuando ocurrió esta anécdota, cuyos personajes han desaparecido casi todos. Es posible que no viva más de uno o dos protagonistas de aquel hecho, pues han pasado más de cuarenta años y creemos que no herimos la susceptibilidad de nadie relatándola, ya que lo que buscamos aquí es enaltecer la actuación de los protagonistas, especialmente de un padre.

Un veterano pediatra se presentó en casa de otro más joven para consultarle un caso: se trataba de una niña de unos tres meses, que padecía un cuadro de neumonía complicado con convulsiones, que no cedían a ningún tratamiento. Para estas convulsiones le había prescrito un enema de una fórmula magistral de hidrato de cloral (anticonvulsivante muy usado en aquella época). Al poco tiempo entró en coma profundo, del que no salía, a pesar de la medicación establecida. El médico mayor, con una admirable humildad, pidió ayuda al compañero más joven, que se la ofreció de forma desinteresada.

La pequeña era hija de un sargento de Regulares, cliente desde muchos años del médico mayor y a quien éste apreciaba mucho. Después de dos días de un tratamiento intenso, la niña no reaccionó del coma, manteniendo además su cuadro neumónico y empeorando de forma evidente. Volvió el médico a interrogar a los padres de qué forma se había instaurado el coma, y en ese momento, el padre recordó que el cuadro se había presentado después de poner el enema de hidrato de cloral. El pediatra pidió el frasco que contenía la preparación y comprobó que la dosis que figuraba en la etiqueta estaba en gramos, cuando la cantidad que se empleaba, se evaluaba en centigramos.

El pediatra, acudió inmediatamente a la Farmacia Militar, donde se había preparado el enema, para comprobar la receta del pediatra mayor; en ella se comprobó que la dosis de hidrato de cloral figuraba claramente en centigramos. Se consultó el libro de registros de estupefacientes y se comprobó que también figuraba en centigramos. Un sargento auxiliar de farmacia era el que había preparado la fórmula y escrito la etiqueta, reconociendo su error. El comandante-farmacéutico se puso a disposición del pediatra para atender todo lo que precisara la enfermita por cuenta de la Farmacia Militar. Al día siguiente falleció la niña, sin conseguir hacerla reaccionar, ni del cuadro neumónico ni del coma.

Hubo una reunión en la Farmacia Militar con el padre de la niña, el pediatra, el comandante farmacéutico y dos oficiales farmacéuticos más. El médico manifestó que él no podía firmar el acta de defunción sin ponerlo en conocimiento del Juez de Instrucción, ya que tratándose de un barrio exterior de Melilla, de casas de una sola planta, existía una especie de unión casi familiar entre los miembros de una misma calle y, temía, que empezaran habladurías antes las posibles causas del fallecimiento y esos rumores llegaran a las autoridades tergiversados.

Acompañaron al pediatra al Juzgado, el comandante farmacéutico, dos oficiales farmacéuticos y el padre de la niña. Éste prefirió quedarse en la antesala. El Juez, muy respetado en la Ciudad, por su rectitud y caballerosidad, al explicarle el pediatra lo ocurrido y que tenía dudas sobre si la causa de la muerte fue el cuadro neumónico o la intoxicación del hidrato de cloral y que acudía a él, para que le indicara y aconsejara la conducta a seguir en este caso tan delicado, llamó a un alguacil para que preguntara al padre de la niña si quería hablar con Su Señoría; el padre le contestó que no, que estaba esperando al pediatra. Ante esta respuesta el Juez dijo que no procedía tomar ninguna diligencia y que firmara el acta de defunción sin ningún reparo.

Al salir del juzgado, el padre pidió ir a ver al sargento auxiliar que había preparado la fórmula y al encontrarse con él, se abrazaron ambos, llorando uno de vergüenza y de dolor ante lo ocurrido y el padre por la pérdida de su hija. Con este abrazo, el padre quiso demostrar que no guardaba ningún rencor al causante involuntario de la intoxicación. Fue un momento extraordinariamente emotivo.

A los pocos días toda la farmacia militar con su comandante al frente fue al domicilio del Pediatra para agradecerle la forma completamente desinteresada con que había llevado todo el proceso y cómo había solucionado la última parte del mismo. Al no estar el médico en su domicilio, cada uno de los farmacéuticos, dejaron una tarjeta con la palabra: "Agradecido".

José María Gómez Montes